

Prácticas de autoabasto en la memoria de un pueblo en la Región Centro-Oriente de Morelos, México¹

Recibido: 20/09/2016
Aprobado: 24/10/2016

Adriana Saldaña Ramírez
Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México
< adrianasr_99@yahoo.com >

RESUMEN

En el presente ensayo se analiza el declive de las prácticas de autoabasto, básicamente la producción de la milpa, la caza y la recolección, en la comunidad de Tenextepango, Morelos. Éstas cumplían un papel central en las estrategias de reproducción social de las familias campesinas hasta la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo con la introducción de la producción comercial para abastecer a la ciudad de México, se vivieron transformaciones que fueron en detrimento de dichas prácticas tradicionales, permaneciendo ahora solo en la memoria de algunas generaciones. Este proceso derivó en una mayor vulnerabilidad de las familias campesinas.

PALABRAS CLAVE: Autoabasto, agricultura comercial, reproducción social, campesinos

Practice self-supply in the memory of one People in the Centro-Oriente Region of Morelos-Mexico

ABSTRACT

In this article the decline of self-supply practices is analyzed, focus in the “milpa” production, hunting and gathering, in the community of Tenextepango, Morelos. They had a central rol in the strategies of social reproduction of farming families until the second half of the twentieth century, however with the introduction of commercial production to supply nearby Mexico City, transformations were to the detriment of the traditional practices, remaining only in the memory of several generations. This process increased the vulnerability of rural families.

KEYWORDS: Self-supply, commercial production, social reproduction, rural families

¹ Los datos que se presentan fueron obtenidos durante mi participación en el Equipo Morelos del Proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México al Inicio del Milenio, de la Coordinación Nacional de Antropología (INAH).

En este ensayo se reflexiona sobre el declive de las prácticas de autoabasto en las estrategias de reproducción social de las familias campesinas de la comunidad de Tenextepango, Morelos, desde la segunda mitad del siglo XX, a consecuencia de la introducción de la producción comercial. Este hecho resultó en una mayor vulnerabilidad de las familias campesinas, ya que diversas prácticas de autoabasto les permitían sortear los riesgos de su participación en el mercado.

Los tenextepanguenses tuvieron acceso a tierras de riego y temporal, así como a espacios cerriles que habían sido acaparados durante siglos por una hacienda a través del reparto agrario en los años veinte, teniendo como principal objetivo satisfacer sus necesidades agrícolas y asegurar su reproducción social. Tempranamente, en la década de los treinta, se retoma la producción de caña de azúcar que llevaba a cabo la hacienda antes de la Revolución, como parte de un interés del Estado en esta actividad económica que por siglos se había realizado en ese lugar.

La estrategia imperante de las familias campesinas en ese momento era la alternancia del cultivo de caña de azúcar en temporada de “secas” para abastecer a los ingenios de la región; y la producción de la milpa y otros productos en sus parcelas y patios de la casa, así como la caza y la recolección en los cerros durante las “lluvias”.

Sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo XX se vivieron cambios económicos y sociales derivados de la reconversión productiva de caña de azúcar a hortalizas para abastecer a la cercana ciudad de México. Los ingresos de la producción y venta de hortalizas, mayores que los que se obtenían de la caña, se invirtieron en la adquisición de bienes de consumo, en la construcción de casas y en la educación de los hijos, con miras a que en el futuro éstos no se dedicaran al campo. En general hubo un cambio de vida y surgieron nuevas necesidades que fueron en detrimento de saberes y prácticas tradicionales, pues hubo transformaciones en los ritmos de vida, a la vez que un proceso de desvalorización de los mismos.

I. Morelos y su producción agrícola en el siglo XX

Morelos es una entidad que se ha caracterizado por una significativa producción agrícola favorecida por su ubicación geográfica y las condiciones de infraestructura

de acceso respecto a centros de comercialización como la ciudad México, Puebla y otros más; la potencialidad de sus recursos naturales —tierra y agua— y las condiciones climáticas adecuadas. Respecto a esto, Ávila (2002: 27) señala que en la mayoría de los suelos de la entidad se han podido llevar a cabo actividades agrícolas, pues su fertilidad se combinó con la presencia de corrientes hídricas y niveles de pendiente muy bajos, que posibilitó la existencia de un emporio agrícola desde la época prehispánica.

Estas características físicas atraieron, a mediados del siglo XX, a diversos actores externos que se relacionaron de muy distintas maneras con los locales para alentar los cultivos comerciales en un periodo conocido como “modernización”, lo que derivó en la constitución de zonas y regiones con una fuerte vocación agrícola. En muchos casos, los procesos productivos fueron apoyados o puestos en marcha por el Estado a través de programas oficiales.

Guzmán (2009: 21) reconoce como antecedentes de esta producción comercial al reparto de tierras que estaban bajo el control de las haciendas en el marco de la reforma agraria posrevolucionaria en los años veinte. Cada pueblo pidió superficie en función del número de habitantes, se entregaron tierras de temporal, de riego y espacios de uso común (*ibid.*, 84). En general en la entidad predominaron parcelas de extensiones pequeñas, de entre 1 a 5 ha de riego y hasta 10 ha de temporal, según la región. Una vez dotadas las tierras a los pueblos, se sembró maíz y tempranamente, se retomó la producción de caña de azúcar en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas en los treinta.

Fue sobre esta estructura de minifundio de tierras ejidales y pequeñas propiedades que se dio la inserción de nuevas formas productivas (*ibid.*). Las políticas de Estado impulsaron a mediados del siglo XX el incremento de cultivos para el abasto de las urbes, resultando en el apoyo de productos comerciales conocidos como la caña de azúcar y el arroz y la introducción de nuevos, tales como las hortalizas (*ibid.*).

No obstante, conforme los nuevos cultivos se consolidaron, el maíz, la caña de azúcar y el arroz fueron en decadencia. La siembra de caña y la agroindustrialización de la azúcar habían sido el eje económico de la región desde la época colonial y aún después del reparto agrario en el que se fortaleció la tenencia ejidal (Oswald, 1992: 68-69). La caña de azúcar fue el principal cultivo por cuatrocientos años, que se canceló durante la Revolución y a partir de los treinta se recuperó,



pero ya nunca alcanzó la importancia nacional que tenía antes de 1910 (Guzmán, 2005: 110).

Como se mencionó, en Morelos la producción agrícola no se ha caracterizado por las grandes extensiones, la mayoría se ha concentrado en pequeñas parcelas y en manos de campesinos, quienes a través de su trabajo y conocimientos han hecho crecer los diferentes cultivos. Éstos han laborado con escasos recursos financieros, tecnología “atrasada” y sometidos a un mercado muy dinámico (Sánchez, 2006).

La diversificación de su producción se dio en el marco de la “modernización”¹, que tenía como base tecnológica la *revolución verde*² que implicaba el uso intensivo de semillas híbridas, fertilizantes y plaguicidas de síntesis química. Esto respondía a una intensión del Estado de aumentar la producción agrícola con el objetivo de apoyar la industrialización del país a partir de la producción de materias primas a bajo precio. La producción de alimentos baratos permitía mantener bajo el costo de la reproducción social de los obreros permitiéndoles tener un sobrante en su ingreso para la adquisición de bienes industrializados. Se pretendía dinamizar la economía en un modelo con orientación “hacia adentro” (Rubio, 2001: 32, 35; Warman, 1978).

A decir de Warman (1978), al campesino le tocaba jugar muchos papeles, producir alimentos para las ciudades a precios bajos y consumir artículos industriales a precios altos, resultando en una transferencia implícita de recursos del campo a la ciudad.

Estos campesinos dependieron de intermediarios comerciales para la venta de sus productos en el mercado, sin tener la oportunidad de decidir los precios ellos mismos (*ibíd.*).

El destino de gran parte de la producción morelense ha sido el mercado nacional, aunque se encuentran agentes que producen y comercializan para exportación, su número es reducido. Los productos obtenidos se destinaron al mercado interno, pues las regiones altamente capitalizadas, ubicadas al noroeste del país, impusieron normas de calidad, homogeneización,

tiempos y montos que los pequeños productores no pudieron garantizar, siendo desplazados de los rangos de competencia en el mercado de exportación (Guzmán, 2009).

Para mantener la agricultura comercial, los campesinos diversificaron sus estrategias, sembraron otros cultivos en sus tierras de riego y temporal, asimismo se incorporaron en diversas ocupaciones fuera del campo y hasta la renta de tierras a empresarios (Sánchez, 2006: 143).

II. Cambios socioeconómicos en Tenextepango

Tenextepango es una comunidad que cuenta con una población total de poco más de 8, 000 habitantes (*XII Censo de Población y Vivienda*, 2010), ubicada a 12 km de Cuautla, la segunda ciudad más grande del estado de Morelos, en la región centro – oriente. Se encuentra a 1 146 msnm y su vegetación se caracteriza por ser de Selva Baja Caducifolia³, forma parte de la Tierra Caliente de la entidad con un alto potencial para la producción de cultivos básicos y comerciales.

La vocación agrícola de las tierras de lo que ahora es Tenextepango viene desde la época colonial y hasta el periodo prerevolucionario, lapso de tiempo en que existió una producción intensiva de diferentes cultivos, sobresaliendo la caña de azúcar que era explotada por la hacienda Santiago Tenextepango (González, 2001: 60). Esta hacienda, de acuerdo a los datos de Madrigal (2003: 23), entre 1908 y 1909 fue la más importante del estado en cuanto a superficie cultivada y al número de toneladas producidas.

Posterior a la Revolución, en el marco de la reforma agraria, la hacienda fue fraccionada en 16 ejidos⁴, uno de los cuales es el actual Tenextepango (González, 2001: 60). En este contexto, los pobladores accedieron a tierras de riego (2 a 3 ha), de temporal (hasta 5 ha) y a espacios cerriles.

En las tierras recién dotadas los campesinos desarrollaron el cultivo de diferentes productos. En aquellas que no tenían infraestructura de riego, se sembró

1 “La modernización mantenía como principios la tecnología, la mecanización de las actividades, la intensificación productiva, el impulso urbano, y la subordinación de la producción campesina al desarrollo industrial del país” (Guzmán, 2009: 92)

2 *La revolución verde* se caracterizó por la “mecanización de las labores agrícolas, la sustitución de cultivos tradicionales por cultivos industriales (basados en insumos procedentes de la industria, como los plásticos, el equipo para riego, entre otros); el desarrollo de innovaciones tecnológicas (en genética, química, etc.) que permite el uso de pesticidas, abonos químicos y fertilizantes, así como de nuevos tipos de semillas más resistentes y productivas” (Reigada, 2012).

3 La Selva Baja Caducifolia está extendida por todo el estado de Morelos. Este ecosistema tiene una marcada estacionalidad, en la época de lluvias (3 o 4 meses), los árboles permanecen cubiertos de hojas y especies de plantas y animales se reproducen; mientras que la época seca (aproximadamente 8 meses), los árboles pierden sus hojas y muchos producen frutos y semillas (<http://www.puma.unam.mx/festival/index.php/selva-baja-caducifolia>, consultado el 16 de marzo 2015).

4 El ejido es un tipo de propiedad de uso colectivo que surge en el reparto agrario.

maíz, calabaza, frijol y chile para el consumo familiar y la venta en pequeña escala. Espacios como los cerros también fueron aprovechados para la caza de animales y la recolección de hierbas y frutos. Sin embargo, las tierras de riego del recién constituido ejido se poblaron nuevamente de caña de azúcar en la década de los treinta, en el marco de un interés del Estado por retomar la especialización de Morelos en esta actividad económica.

En los años cincuenta, los campesinos tuvieron la posibilidad de sembrar hortalizas comerciales de las cuales obtenían mejores ganancias y en un periodo menor de tiempo a diferencia de la caña de azúcar, a través de los financiamientos de intermediarios comerciales con los que establecieron una relación subordinada⁵. Debido a los intereses de estos comerciantes, aparecieron en el ejido el frijol ejotero, la calabaza, el pepino y hasta frutas como el melón, para abastecer a la creciente ciudad de México. Poco a poco se dio una reconversión productiva de caña a hortalizas en las tierras de riego. El periodo de introducción de estos nuevos cultivos se dio en el marco de la ya señalada “modernización” del campo morelense a mediados del siglo XX.

Durante las primeras décadas de la producción de hortalizas, las familias campesinas siguieron alternando esta actividad vinculada al mercado con las prácticas de autoabasto. Sin embargo, a partir de los ochenta estas últimas fueron cayendo en desuso, ya que los campesinos dependieron cada vez más de su producción para el mercado y las nuevas generaciones diseñaron sus proyectos fuera del campo, al mismo tiempo que comenzó una desvalorización de las mismas.

III. Las prácticas de autoabasto en los patios, parcelas y cerros

Se entiende como autoabasto a las prácticas para obtener recursos vegetales, animales y de otro tipo, mediante la apropiación y/o producción directa de éstos, destinados a satisfacer diferentes necesidades. No es lo mismo que autosuficiencia, más bien es una complementación de otras formas de allegarse de recursos para sobrevivir (Morayta *et al.*, *en prensa*).

⁵ Los comerciantes mayoristas tuvieron los recursos económicos para alentar la producción, el acceso monopólico al mercado y los espacios para acopiar físicamente las hortalizas. Todo ello les llevó a imponer los precios del producto en el mercado, sin la participación de los campesinos.

Las prácticas de autoabasto, que engloban a la producción, la recolección, la caza y la pesca, jugaron un papel fundamental en las estrategias de reproducción social de las familias campesinas de Tenextepango. A través de ellas se podían satisfacer diferentes necesidades, talvez las más importantes sean las de tipo alimentario, pero también las de tipo ritual, simbólicas, ornamentales, de generación de recursos económicos, por mencionar algunas. Se llevaban a cabo en las parcelas y patios de las casas, y en los cerros que rodean a la comunidad.

De esta manera complementaban los ingresos que las familias campesinas obtenían de la producción comercial en sus tierras de riego, primero con la venta de caña de azúcar a los ingenios de la región y, posteriormente, con las hortalizas que eran destinadas a la ciudad de México a través de los centros mayoristas. La producción de estos cultivos intensivos es incierto, pues hay temporadas en las que se pueden obtener buenas ganancias, mientras que en otras, pérdidas totales, “hay temporadas que se veía que ya compraban una camioneta y a la siguiente se vendía porque no le habían pegado al precio” (Testimonio de MG, Tenextepango 2011). Y es que ni en la caña de azúcar ni en las hortalizas, los campesinos participaron en la fijación del precio del producto que ellos mismos cultivaban en sus tierras, pues estaba a cargo de los ingenios o de los comerciantes mayoristas. Así las prácticas de autoabasto daban cierta certeza a las familias, pues con la producción comercial nunca se sabía si se tendrían o no ganancias.

El autoabasto en los patios y las parcelas

Hasta los ochenta, más o menos, los patios de las casas eran totalmente de tierra, estaban copados de arbustos y otros recursos que los hacían muy diversos. Generalmente se formaban de acuerdo a los gustos de las personas que los manejaban, quienes sembraban ciertas plantas y árboles; por el obsequio de semillas o esquejes de los familiares y amigos; por la caída accidental de alguna semilla e incluso por dejar crecer plantas silvestres (Morayta y Saldaña, 2014: 56).

De acuerdo al testimonio de EM (Tenextepango, 2011) su abuela era la que manejaba el patio, aunque todos los que ahí vivían ayudaban a su conservación y limpieza, ella decidía lo que se debía de tener. En su propio patio se sembraron árboles de ciruela amarilla, limón real, lima, aguacate, guayabo, toronja, granada,



mango y otros más. Todos estos se consumían como alimentos, pero también los excedentes se destinaban a la venta entre los vecinos. Por ejemplo, la ciruela amarilla “era parte de nuestro patrimonio porque de ahí comíamos, tanto la fruta como con el dinero que salía de la venta” (Testimonio EM, Tenextepango 2011). El corte de la ciruela amarilla, a fines de mayo y a principios de junio, es recordado como una “fiesta” que convocaba a todos los niños de su calle que se acercaban a ayudar. Recuerda cómo las señoras llegaban con sus canastos hasta la casa a pedir que les vendieran ciruela amarilla, la cual era muy valorada porque se podía consumir de diversas formas: en lugar de carne en tacos con frijoles, en dulce, en tamales, en atole y en salsas⁶.

De acuerdo a otro tenextepanguense (RC, Tenextepango 2011), cuando era pequeño, en el patio de su casa se tenían alrededor de 14 recursos vegetales con diferentes usos: aguacate, ciruela, chile piquín, guayaba, nanche, naranja y papaya con fines alimentarios; luego el ficus, el floripondio, el geranio, la jacaranda, la rosa de castilla y el tulipán mexicano que se consideraban adornos; la sábila y la ruda tenían usos medicinales y rituales. Algunos se utilizaban para varias cosas, por ejemplo, de la sábila se extraía la savia para curar la piel (*medicinal*), pero también se le colocaban moños rojos para ahuyentar el mal de ojo y las envidias, por lo que se ponían en las casas y los negocios (*simbólico*); la rosa de castilla se tenía como adorno (*ornamental*), pero también para aliviar los dolores de estómago en los bebés (*medicinal*).

Los patios no solo eran espacios de reproducción de recursos vegetales, también de animales. SO (Tenextepango 2010) señala que antes era común que en las casas se criaran marranos, eran tan importantes que algunas familias se especializaron y se ganaron el prestigio como “matanceras”, oficio que fue transmitido de generación en generación. Los marranos se tenían en pequeños chiqueros que se construían con materiales de desecho –tablas, tejas y láminas. Todavía hasta los setenta al menos el 60% de las familias de la comunidad tenía entre 5 y 10 marranos que eran considerados como “ahorros”, pues ante emergencias, deudas o el establecimiento de algún compadrazgo, se vendían para obtener recursos económicos.

6 Cada familia ha valorado de muy diferente manera los recursos que tienen en sus patios, es decir, no todos son percibidos de la misma forma, lo que depende de la importancia que haya tenido en su historia, como lo es la ciruela amarilla para el caso descrito.

Hasta ahora se han mostrado con datos etnográficos las prácticas de autoabasto llevadas a cabo en los patios de las casas, como parte del sustento de las familias campesinas, pero también la producción que se realizaba en las parcelas de temporal fue muy importante. Ahí se sembraba la milpa, el complejo que incluía maíz, calabaza, chile y frijol, pero también se obtenían diversos tipos de quelites⁷ que crecían entre ellos y que se consumían en diversos platillos y lo que “sobraba” se vendía en la localidad o en otro lugar de la región. RM (Tenextepango, 2011) recuerda que hace 50 años, su padre obtenía tanta producción de la milpa, que llevaba costales de maíz y chile criollo a la región de Atlixco (en el estado vecino de Puebla), donde vendía en la plaza central.

Esta situación que se presentaba en Tenextepango fue observada por otros investigadores en diversas comunidades del estado de Morelos. Guzmán (2009) señala que la introducción de hortalizas en diferentes regiones, a pesar de que generó buenos recursos para los campesinos, no restaron importancia a la producción de los patios, pues los frutales, las gallinas y los huertitos continuaron el sostenimiento de las mesas de las familias, los intercambios entre vecinos y los mercados.

Y es que lo que se obtenía en los patios y las parcelas no solo abastecía a aquellos que lo producían, sino que una parte se distribuía entre los miembros las redes sociales de las familias a través del intercambio. Generalmente se intercambiaba con otros lo que no se tenía en el propio patio o la parcela, de esta manera, además de reforzar los vínculos entre las personas, se podía allegar a diferentes recursos sin la necesidad de comprarlos.

Creencias alrededor de los árboles y su cuidado

En las entrevistas hechas a los campesinos de diferentes generaciones se encontró que hace décadas se desarrollaban diferentes acciones para hacer crecer sus plantas o para que un árbol tuviera frutos, que fueron contadas por sus padres, pero que actualmente no se realizan.

Entre éstas se encuentran cortes transversales en los troncos de los árboles, como “castigo”, que a decir de la gente, funcionaban bastante bien. También se recuerda la colocación de ropa interior de color rojo en las ramas de los árboles para “avergonzarlos” y que dieran buenos

7 Los quelites son tallos tiernos y hojas inmaduras, algunas con flores, de tipo comestible (Bye y Linares, 2009: 11).

frutos, se les regañaba “no seas huevón [forma popular de decir flojo], a ver si así ya sacas tus frutos”. Uno de los campesinos que comentó esto, decía que él constató que la siguiente temporada el árbol se llenaba de fruta. Su padre solía hacerlo, pero él ya no. Igualmente se enterraba una calavera de algún perro muerto también como una forma de “avergonzar” a un árbol o se le ponía un poco de azúcar a la tierra para que los frutos fueran dulces.

Estas prácticas se basaban en la creencia de que los árboles y las plantas tenían la capacidad de entender y que las personas podían incidir en la producción de los mismos, más allá de los cuidados que se les debía tener.

El autoabasto en los espacios cerriles

Los cerros y lomas que rodean a Tenextepango fueron espacios de autoabasto para varias generaciones, a través de la caza y la recolección. El uso más extendido que se daba a los recursos obtenidos en éstos era el *medicinal*, por ejemplo, el cuatecomate que se preparaba en curado, es decir, con aguardiente; el cuachalalate del que se utilizaba la corteza para eliminar las “piedras” renales; el granjel, para cualquier enfermedad relacionada con los riñones; el cuaulote, para enfermedades de los pulmones o riñones; el palo dulce, para controlar “la azúcar en el cuerpo” (diabetes); y el taray, para cualquier tipo de dolores y para los riñones.

El cerro también era un proveedor significativo de animales para uso *alimentario*, particularmente de distintos tipos de pájaros como la barranquera, la colera, la cocota y la codorniz que se comían fritos o hervidos. En un principio, la caza de pájaros se realizaba con hondas tejidas por los propios cazadores con material encontrado en los cerros, después se cambió a las resortereras. Asimismo se realizaban colectas de chapulines y gusanos y la caza de iguanas y tejones, de los que se comía la carne.

IV. Transformaciones de las prácticas de autoabasto y de su valoración

Las familias campesinas, a pesar de las ganancias que obtuvieron con la venta de hortalizas desde los años cincuenta, continuaron con las diversas prácticas de autoabasto en forma complementaria, de donde obtenían muchos productos que consumían y vendían a

pequeña escala en mercados locales y regionales. Hasta la primera mitad del siglo XX, los patios, los huertos y los cerros cubrían buena parte de sus necesidades alimentarias, curativas, económicas, rituales y de ornato. Sin embargo éstas fueron perdiendo centralidad a partir de diferentes procesos que se vivieron en Tenextepango.

En la década de los ochenta, los comerciantes mayoristas que financiaban la producción de hortalizas, intensificaron su presencia en el ejido, pues alentaron la introducción de nuevos cultivos. Anteriormente la producción comercial se concentraba en la temporada otoño-invierno, que correspondía al periodo comprendido entre noviembre y abril, pero por el interés de los comerciantes, ésta se extendió a los restantes meses del año, cuando se llevaban a cabo las diferentes prácticas de autoabasto. Las familias campesinas dependieron de su participación en el mercado durante todo el año, por lo que quedó poco tiempo para la producción de la milpa y de los patios, para la caza y la recolección en los cerros. No obstante el declive de éstas no se explica solo por una cuestión de tiempo.

Las familias campesinas percibieron mayores recursos económicos, que invirtieron en la adquisición de bienes de consumo, en la construcción de las casas y, principalmente, para enviar a sus hijos a la escuela, ya que anhelaban que éstos no dependieran del campo como ellos, “era un símbolo de *status* tener una carrera”, comenta un campesino. Las ganancias económicas de la agricultura comercial dieron la posibilidad de estudiar y trabajar fuera, por lo que las familias contaron con menos mano de obra.

También accedieron “a las comunicaciones modernas, aparatos electrónicos, bienes domésticos, automóviles y modas urbanas que modificaron recursos y costumbres” (Warman, 1976; citado en Guzmán, 2009: 27). En general hubo un cambio de vida y surgieron nuevas necesidades, lo que muestra que la “modernización” no solo se instaló en las formas de producir, sino también en las de vivir (*ibid.*). Poco a poco los parámetros de calidad de vida se modificaron, ya que tomaron relevancia la posesión de bienes materiales (Guzmán, 2014: 24).

En ese momento en la región la figura del maestro estaba ligada al prestigio. Los planes de estudio del magisterio estaban diseñados para que un alumno cursara, después de la secundaria, su carrera en las normales rurales que funcionaban como internados donde les proporcionaban comida, algo de ropa y algunas veces



hasta recursos económicos. Esto fue visto por los padres como una ventaja, pues los hijos podían estudiar sin una gran inversión. Así se encontraron dispersos en diferentes entidades del país como Puebla, Tlaxcala, Estado de México, Guerrero, Aguascalientes, Zacatecas, entre otros.

Algunos, al término de su carrera, tuvieron un lugar asegurado para impartir clases en donde habían estudiado; otros, regresaron a laborar a Tenextepango y a otras localidades en la misma región de origen. En cualquier caso, el estudiar fuera les permitió poner “tierra de por medio” entre ellos y su lugar de origen, conocer otras formas de vida y darse cuenta de que la suya era “muy precaria”, de acuerdo a sus propios testimonios. Poco a poco se desencadenaron cambios en los hábitos de las familias y la casa fue el espacio donde éstos se vieron reflejados de manera significativa.

Algunos de los que formaban parte de esa generación, hoy profesores en el retiro, señalaron que sus casas no eran “confortables”, pues sus padres acostumbraron a todos los integrantes del grupo doméstico a vivir en cuartos grandes sin divisiones. Así que cuando la primera generación de profesores regresó a Tenextepango y comenzó a laborar, invirtió sus ingresos en el cambio de la casa, construyeron cuartos como salas-comedores y recámaras para todos los miembros, en detrimento del patio, pues se tomaron espacios de éste para las ampliaciones.

El patio, además de espacio de producción, tenía otras funciones, pues las cocinas se encontraban ahí, se veían instrumentos como los *metates* y el *metlapil*, que servían para moler el grano de maíz; ollas y cazuelas; y los comales para calentar las tortillas que se hacían a mano. Ahora las cocinas en la mayoría de las casas se han trasladado al interior y los instrumentos para el maíz han desaparecido. La presencia del *tlecuil* y el *comal* en el patio era importante, ya que los miembros de la familia se solían reunir alrededor de ellos para convivir, algo que la cocina dentro de la casa no permite de la misma manera.

La tercera generación también ha optado por el magisterio y por otras carreras universitarias. Tiene poco interés en retomar la producción en los patios o de la milpa en las parcelas, más bien se espera que con el dinero que se perciba del trabajo fuera del campo se extienda la casa, se construyan más cuartos o se pavimenten los espacios que aún no lo están para guardar el automóvil.

La caza y la recolección en los cerros y las lomas que rodean al pueblo también han caído en desuso por las nuevas generaciones. Se consideraba que estos espacios eran “la farmacia, la tienda y otras cosas más” señala un campesino para referirse al aprovechamiento de los recursos que ahí se podían encontrar. Sin embargo, ahora muy pocas veces se va al cerro, “mejor se compra lo que se necesita porque salir y buscar requiere mucho tiempo, si queremos un té, mejor lo compramos en el mercado, ya no tenemos que ir por cuachalalate”, dice un tenextepanguense.

Como parte de este proceso de declive de las prácticas de autoabasto, hubo un cambio en la valoración de éstas y de los espacios en donde se llevaban a cabo, pues la noción de higiene se posicionó como elemento central de la vida cotidiana. Las hierbas que crecían silvestres entre las planchas de cemento, como las verdolagas que se consumían en diversos guisos, ahora son arrancadas como maleza, mientras que las que se consumen son compradas en la plaza. Otras, como los quintoniles y los alaches, son vistas de manera despectiva, como comida para los animales. Al mismo tiempo que los gustos y consumos de frutos de los patios fueron disminuyendo por el creciente consumo de alimentos industriales procesados, impuestos por la mercadotecnia.

También hubo un cambio en la noción de la naturaleza en las nuevas generaciones, pues en la escuela aprendieron que ésta se debía cuidar y no explotar. En este sentido, la recolección y la caza en los cerros y lomas se consideraron como prácticas que afectaban al medio ambiente. Un profesor, hijo de un campesino comenta que todavía entre los cincuenta y sesenta, la gente se dedicaba a “pajarear” —forma popular para referirse a la caza pájaros—, pero después de que la población local tuvo otro tipo de preparación, refiriéndose a los estudios fuera, “se dieron cuenta que no era algo responsable” y “tuvieron consciencia de que esas prácticas no eran buenas”.

Estas percepciones se vieron reforzadas con las prohibiciones que la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (SEMARNAT) implementaron para la caza de animales, como el conejo, la iguana, el tejón y algunos pájaros, como la codorniz. Aunque existe la posibilidad de tramitar permisos para la caza de subsistencia, la población ya no se lo plantea como una posibilidad de allegarse de recursos para fines alimentarios.

V. Estrategias de reproducción social de las familias campesinas

Las *estrategias de reproducción social* han de entenderse, de acuerdo a Guzmán (2009: 31), como “decisiones culturales que los grupos toman frente a una interacción de condiciones y posibilidades para decidir hacia dónde se quiere y se puede continuar”. Se trata de estrategias dinámicas que los grupos construyen en relación al contexto, que cambian conforme ellos también se van transformando y que presentan tendencias ajenas a las propias comunidades.

La introducción de hortalizas comerciales en la década de los cincuenta en el periodo invernal, representó una nueva lógica de producción especializada y con ganancia económica que se adaptó a una lógica campesina existente, pues los productores mantuvieron prácticas como el policultivo. La asociación de cultivos les permitía sortear los riesgos que representaba la comercialización de hortalizas comerciales y aprovechar la inversión de recursos económicos (Guzmán y León, 2008).

La articulación complementaria entre el autoabasto y la producción comercial dio la oportunidad a las familias campesinas de contar con recursos económicos de manera corriente y no estar tan expuestas a los vaivenes de los precios de las hortalizas en el mercado. Si bien los productores se endeudaban con los comerciantes de la ciudad de México, quienes financiaban el cultivo de hortalizas a través de diversos créditos, la presión no era tan fuerte, ya que contaban con otras fuentes de obtención de recursos.

La diversificación de cultivos que caracterizaba a ese periodo, algunos para destinarlos al mercado en tierras de riego y otros para el autoabasto y venta en pequeña escala en parcelas de temporal, es considerada por Guzmán (2005, 2009) como una *estrategia de especialización diversificada*, de la cual los campesinos obtuvieron beneficios.

[...] secuencias de ganancias, pérdidas y recuperaciones que a la vuelta de varios años mejoraron sus propias condiciones de vida, sus capacidades de elegir horizontes para sus hijos y familia en general, en un nivel de solvencia económica que, lejos de una acumulación cuantiosa pero también de una pobreza extrema [...] (*ibid.*, 72)

Sin embargo, en los ochenta se inició la producción de nuevas hortalizas por interés de los comercian-

tes mayoristas de la ciudad de México, extendiéndose más allá de la hasta entonces temporada invernal. Los campesinos aceptaron la siembra anual, pues de esta manera se ampliaba la obtención de los ingresos monetarios. Este interés influyó en que las familias campesinas abandonaran la siembra de la milpa en sus parcelas y patios en la temporada de lluvias, que otorgaban seguridad básica a las familias que tenían miembros que se empleaban en otros sectores económicos que eran compensadas con la seguridad de estos ámbitos (Guzmán 2009: 41).

La producción de hortalizas comerciales y los ingresos obtenidos de esta actividad desencadenaron diversos cambios, como ya se ha mostrado, las nuevas generaciones salieron a estudiar y no se contaba con la mano de obra necesaria para mantener la producción de las milpas. Los ingresos monetarios de los hijos de estos campesinos, ya como profesionistas, se invirtieron para apoyar la producción comercial.

Una de las consecuencias de estos procesos fue el mayor dinamismo del mercado de tierras y el cambio de uso de suelo. Los campesinos vendieron los terrenos de temporal o “tierras secas”, que anteriormente eran sembrados con maíz y otros productos, para fincar casas habitación. Las tierras, que en otro momento, habían sido muy importantes para el sustento cotidiano se dejaron de cultivar por percibir las “improductivas”. Ésta era una idea equivocada que se basaba en el hecho de que la producción comercial, de la que se obtenían los ingresos más significativos, se concentró en las tierras de riego. De hecho en las asambleas del ejido existían acuerdos explícitos de no vender las tierras de riego, no así las de temporal, para conservar el interés de los comerciantes de la ciudad de México en la zona.

En general la vida de las familias campesinas anterior a la dependencia total de la agricultura comercial es percibida como “precaria”, aun cuando se reconoce que siempre se tenía lo suficiente para sobrevivir.

No nos faltaba nada que comer, pero estábamos enfrascados porque no podíamos hacer una casa bonita porque, ¿cuánto se podía sacar de una hectárea de maíz? Antes no, no debíamos nada, pero tampoco podíamos hacer nada. Las casas eran de adobe, de carrizo de vara, me acuerdo de las casas altísimas para que no tuvieran calor, les ponían tejas muy paradas porque el agua se metía. Ahora no, las casas son de loza, pavimentadas. La verdad es que ya no estamos impuestos [acostumbrados] a cosechar maíz (Testimonio de AM, Tenextepango 2011).



De una estrategia campesina que tenía como principal fuente de recursos a la agricultura, en una alternancia entre producción comercial y de autoabasto; se transformó en una estrategia en la que la agricultura dependía totalmente del mercado y en la diversificación de las actividades de los miembros de la familia en diferentes sectores (*pluriactividad*⁸), donde la agricultura fue perdiendo peso. Mientras unos miembros se encargaban de la producción comercial de tiempo completo; otros, los más jóvenes, laboraban como profesores o en diversas ocupaciones en las ciudades.

Actualmente las familias dependen significativamente de los ingresos asalariados obtenidos fuera de las actividades del campo. Si bien se continúa con la producción de hortalizas, las ganancias en este sector han decrecido. Primeramente porque el cultivo intensivo de hortalizas ha mermado el rendimiento de las tierras, también se ha incrementado el costo de los insumos durante la última década, que sumado a los vaivenes del mercado han resultado en un mayor endeudamiento de los campesinos con los comerciantes mayoristas que financian la producción⁹.

Esto ha desencadenado un proceso de reconversión productiva ahora de hortalizas comerciales a caña de azúcar. Este último cultivo se ha retomado nuevamente pues cuenta con algunas ventajas, desde el punto de vista de los campesinos: tiene un precio de garantía que asegura alguna ganancia al final del proceso; el ingenio invierte en todas las tareas que se necesitan, desde la siembra hasta la cosecha; y otorga seguridad social al campesino. Si bien los campesinos están ante una mayor pérdida de autonomía, se tienen menos riesgos respecto a las ganancias finales.

Reflexiones finales

En este ensayo se ha reflexionado sobre el declive de las prácticas de autoabasto en la comunidad de Tenexte-

pango, Morelos, en el contexto de transformaciones de más largo alcance.

Se ha dado cuenta que a partir de la segunda mitad del siglo XX, en un modelo de desarrollo con orientación “hacia dentro” se introdujeron hortalizas comerciales para abastecer a la ciudad de México en constante crecimiento, y para sostener el proceso de industrialización del país. Si bien desde ese momento, los campesinos dependían ya de los financiamientos de los intermediarios comerciales de los mercados mayoristas, actores fundamentales para concertar ese modelo de desarrollo, al menos contaban con algún excedente para iniciar nuevamente el ciclo productivo. No dependían totalmente de su vinculación al mercado, ya que su estrategia fue complementar la producción de hortalizas comerciales con diversas prácticas de autoabasto.

No obstante, la situación de las familias campesinas se ha transformado en un contexto de un modelo de desarrollo con orientación “hacia afuera” (Rubio, 2001), en el que se da mayor apoyo a la producción de exportación. El pequeño productor de hortalizas comerciales ha dependido cada vez más de sus cultivos para el mercado, ahora más fuertemente endeudado con los capitales comerciales de la ciudad de México. Por ello, poco se ha regresado al cultivo de caña de azúcar para los ingenios de la zona debido a las fuertes pérdidas económicas derivadas del aumento del costo de los insumos y del bajo rendimiento de las tierras.

En este escenario particular se pueden observar cambios en la articulación entre prácticas de autoabasto y agricultura capitalista. En la década de los sesenta y los setenta, se desarrollaba una estrategia de *especialización diversificada*, donde la producción agrícola para el mercado con ganancia económica se instaló en la lógica campesina. Se sembraban hortalizas en tierras de riego durante una parte del año; pero en la otra, se seguía con la milpa de temporal para el autoabasto de las familias y la venta en mercados cercanos y el desarrollo de otras prácticas de autoabasto, lo que daba más seguridad y les permitía no estar tan expuestos a los vaivenes del mercado. Los recursos económicos y humanos se repartían entre ambos, era parte de una estrategia que trajo bienestar a las familias. Pero a partir de mediados de los ochenta, el autoabasto se abandonó por el interés en las ganancias generadas por los cultivos comerciales, en lo que influyeron también las ideas sobre “modernidad” e “higiene” de las nuevas generaciones y las crecientes necesidades de las familias que ya

8 De acuerdo a Hernán Salas (2014), el concepto de pluriactividad se aplica a las familias rurales que obtienen los ingresos para su sobrevivencia de distintas fuentes y sectores: ganadería, industria, agricultura, servicios etc. Si bien la agricultura no es abandonada completamente, sí deja de ser el sostén de esas familias. Por otro lado, Carton de Grammont (2009) señala que a partir de los ochenta hubo un proceso de “desagrarización” del campo, pero no porque hayan desaparecido las actividades agropecuarias, sino por el incremento de los ingresos no agrícolas.

9 Estos cambios sucedidos en la última década se contextualizan en la aplicación de políticas neoliberales al campo, que apoyan la producción comercial, básicamente para la exportación, mientras que ha desdeñado la producción de granos básicos y de autoabasto por no considerarla competitiva desde el punto de vista del capital.

no se cubrían con el trabajo en el campo. Las tierras de temporal donde se cultivaba la milpa se vendieron y se transformaron en casas habitación.

Este proceso resultó en una mayor vulnerabilidad de las familias campesinas, ya que tuvieron pocos elementos para responder a los riesgos que representó la agricultura comercial y otras situaciones cambiantes.

Referencias bibliográficas

- ÁVILA, Héctor, 2002 *Aspectos históricos de la formación de regiones en el estado de Morelos (desde sus orígenes hasta 1930)*, México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Universidad Nacional Autónoma de México.
- BYE, R. y E. LINARES, 2000 “Los quelites, plantas comestibles de México: una reflexión sobre intercambio cultural”, *CONABIO, Biodiversitas* 31: 11 - 14.
- CARTON DE GRAMMONT, Hubert, 2009 “La nueva estructura ocupacional en los hogares rurales mexicanos”, en: *La pluriactividad en el campo latinoamericano*, (Carton de Grammont, H. y L. Martínez Valle (Comps.), Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Ecuador.
- GONZÁLEZ, Lilián, 2010 “Trayectorias de vulnerabilidad social de mujeres-esposas de migrantes con la jefatura del hogar *de facto* en Tenextepango, Morelos (Estudio preliminar)”, en: *Migración, procesos productivos, identidad y estigmas sociales. Lecturas desde la antropología*, (Cajas, J. (Coord.), Juan Pablos Editor, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México.
- GUZMÁN, Elsa y Arturo LEÓN LÓPEZ, 2008 *Campesinos jitomateros. Especialización diversificada en los Altos de Morelos*, Facultad de ciencias Agropecuarias / Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Plaza y Valdés Editores, México.
- GUZMÁN, Elsa. 2009 “Los productores campesinos de Morelos. Sobre estrategias y mercados”, en: *Buscando la vida. Productores y jornaleros migrantes en Morelos*, (Sánchez, K. y A. Saldaña (Coords.), Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Plaza y Valdés, México.
- GUZMÁN, Elsa, 2005 “Modernización del campo y nuevas búsquedas campesinas”, en: *Resistencia, permanencia y cambio. Estrategias campesinas de vida en el poniente de Morelos*, Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Plaza y Valdés, México.
- GUZMÁN, Elsa 2014, “Transformaciones campesinas. Reflexiones desde la teoría y las experiencias”, en: *Conocimientos y organización en la gestión de los recursos. Experiencias en regiones rurales de México*, (Elsa Guzmán y Nohora B. Guzmán (coords.), Juan Pablos Editor, UAEM.
- INEGI. Censo General de Población y Vivienda del 2010.
- MADRIGAL, D, 2003 Estructura económico-regional de las haciendas azucareras de Morelos (1880-1912), en: *Ciencia Ergo Sum*. Marzo, vol. 10, núm. 1, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Toluca.
- MORAYTA, L. Miguel, *et. al.*, (en prensa) “Patios, huertos y otros espacios de autoabasto en la tradición cultural indígena de Morelos y el norte de Guerrero”, INAH.
- MORAYTA, L. Miguel y Adriana SALDAÑA, 2014 “El autoabasto en los patios de dos pueblos de tradición cultural indígena en el estado de Morelos”, en: *Revista Etnobiología*, Vol. 12, Número 1.
- OSWALD, Úrsula, 1992 Transformaciones socioproductivas en el Estado de Morelos, en: *Mitos y realidades del Morelos actual*, (Oswald, U. (Coord.), Cuernavaca.
- REIGADA, Alicia, 2012 Agricultura industrial en Andalucía y feminización del trabajo en las cadenas agrícolas globales, en: *Regiones. Suplemento de antropología... año 8*. núm. 47, enero-marzo.
- RUBIO, Blanca, 2001 *Explotados y excluidos. Los campesinos latinoamericanos en la fase agroexportadora neoliberal*, México, P y V Editores.
- SALAS, Hernán, “Nuevas ruralidades, ecología política, poliactividades”, en Sesión del Seminario Permanente de Etnografía Mexicana, 22 de mayo 2014, Coordinación Nacional de Antropología, INAH, México.
- SÁNCHEZ, Kim, 2006 *Los capitanes de Tenextepango. Un estudio sobre intermediación cultural*, México, Universidad Autónoma del Estado de Morelos-Facultad de Humanidades, Miguel Ángel Porrúa.
- WARMAN, Arturo, 1978 *...y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado Nacional*, México, Ediciones de la Casa Chata.